



FLORES Y PERLAS



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO

PRE OSE CIOSUSCRICION
= Véase anuncio en la 8.ª plana. =

DIRECTORA

PUNTOS DE SUSCRICION
= Véase anuncio en la 8.ª plana. =

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADVERTENCIA

La Administración de FLORES Y PERLAS se ha trasladado a Chamberí, calle de Ponzano, 4, principal derecha.

SUMARIO

La Madre, artículo quinto, por María del Pilar Sinués.—Mariposas, décima, por Carolina de Soto y Corro.—Las Castañuelas, por Julia de Asensi.—En la Catedral de Valencia, poesía, por Luisa Durán de León.—Los pollos, por Una Vieja.—A Isabeleta Rattazzi, poesía, por Patrocinio de Biedma.—Eufrosia, por Matilde Bourdon.—Charada.—Anuncios.

TIPOS FEMENINOS.

LA MADRE.

ARTÍCULO QUINTO.

I.

De la hermosa, amable é interesante madame de Sevigné es de quien vamos á tratar en este artículo, como de uno de los modelos de amor maternal que conocemos.

Infeliz en su enlace, no obstante que estuvo de acuerdo con su corazón, quedó viuda muy joven, y en vano fué que se viese rodeada de los más brillantes partidos;

quedáronle dos hijos, y se dedicó sola y exclusivamente á ser madre.

La marquesa de Sevigné amaba mucho á sus dos hijos, pero el varón no alcanzó las infinitas pruebas de ternura que dió á su hija Margarita Francisca, que luego fué la condesa de Grignan.

A la ternura maternal que la marquesa profesaba á su hija se debe esa obra maestra de naturalidad y de gracia, esas cartas, que aún nos interesan tan vivamente: se admira en ellas el espíritu ingenioso de su autora y su imaginación fresca y llena de brillantéz; pero se admira aún más su corazón maternal, en el que habitan como en morada propia, una ternura y una afección inagotables: hay en esas cartas expresiones mil veces repetidas, pero que parecen siempre interesantes y siempre nuevas: su elocuencia, dulce y sublime, es tan natural, tan delicada, tan persuasiva, tan amorosa, que admira tierna y profundamente: se ve en las cartas de esa madre á su hija, pintada la verdadera manera de amar, que se olvida de sí misma y se ocupa sólo de la dicha del objeto amado.

La marquesa, sin embargo, no era pagada por su hija con un amor igual al que le daba. Margarita era dura, altanera, fria de corazón, y frecuentemente necesitaba del perdón maternal: la hija era una mujer irreprochable, y la madre, que tenia todas las amables debilidades de su sexo,

se veía juzgada duramente, y algunas veces reprendida con severidad por la misma hija á quien adoraba.

Hemos dicho que Margarita, condesa de Grignan, tenía necesidad muchas veces del perdón de su madre, y en ninguna ocasión resplandecen mejor la delicadeza y el profundo amor de la marquesa á su hija, que cuando tiene que perdonarla.

«Tú me amas, hija mía, le escribía, y me lo dices de un modo que trae á mis ojos abundantes lágrimas: te complaces pensando en mí, y dices que nunca eres tan dichosa como cuando me expresas tus sentimientos; cuando estos sentimientos llegan á mí son recibidos de un modo que sólo puede ser comprendido por los que saben amar como yo te amo; tú eres para mí el mundo entero, y solo á ti conozco.»

Este sentimiento tan vivo, no hizo la dicha de madame de Sevigné: vivió separada de su hija desde el casamiento de ésta, y no pensó en que cuanto más elevamos un ídolo, más le separamos de nosotros: en todos los amores de la tierra la ceguedad, la idolatría, sólo llevan á la desgracia.

En tanto que no salió del lado de su madre, la joven Margarita fué el objeto de los más tiernos cuidados de aquella: la presentó en la corte, y la adornaba del modo más á propósito para hacer resaltar su belleza, que era perfecta; joven aún la madre, bella y más agradable que la hija, pues su hermosura era de un carácter infinitamente más dulce que el de Margarita, apenas pensaba en sí misma, reservando todos sus cuidados y desvelos para su hija, que amaba más que á sí propia.

Luis XIV, prendado de la admirable hermosura de Margarita, cuando ésta fué presentada á la corte, la distinguió mucho y hubo noche que bailó con ella cuatro veces seguidas. Margarita no era insensible á los homenajes de aquel monarca, hermoso, joven, y al que se miraba como á un semi-dios: á los diez y seis años no hay bastante fortaleza para reflexionar, y el alma de aquella niña, bien que oculta tras de un espeso velo de dureza y de egoísmo, era ardiente y ambiciosa.

Madame de Sevigné tuvo mucho que sufrir para combatir las seducciones del rey.

No se atrevía á dejar de ir á las recepciones de la corte con su hija, pues conocía el carácter del monarca, y temía que la misma privación de ver á Margarita le empujase á cometer violencias para llegar hasta ella.

Dióse, pues, prisa á casarla con el conde de Grignan, hombre de edad madura, sin que llegase á la vejez, padre de dos hijos, pero que amaba á Margarita con todo el entusiasmo del último amor.

Margarita fué dichosa en aquel enlace, pero no así su madre; había deseado ésta, ante todo, que su hija no se separase de ella, y así se lo prometió el conde Grignan; pero en breve órdenes superiores del Gobierno, y que él no esperaba, le hicieron salir de París, al cual no volvió en muchos años.

De aquella separación nacieron las cartas de madame de Sevigné, cartas admirables y de las que ya nos hemos ocupado.

La amorosa madre no pudo resistir largo tiempo sin ir á ver á su hija, y pasó á su lado algunos meses; pero sus ocupaciones y su fortuna la llamaban de nuevo á París, y los dolores de la ausencia empezaron para ella con mayor y más profunda intensidad: para que su correspondencia

fuese interesante y no fatigase la atención de Margarita, madame de Sevigné se informaba de todas las anécdotas de la corte, de todo lo que sucedía, y lo refería en sus cartas á su hija con una gracia y una viveza encantadoras y teniéndola al corriente de todas las novedades.

El amor de madame de Sevigné llegó para su hija hasta la idolatría: y nosotras creemos que son preferibles las madres cristianas como Santa Mónica y como Blanca de Castilla, á las que, como madame de Sevigné, convierten en una pasión desordenada y ciega el amor maternal, pues este amor, cuando no es débil, es grande, poderoso, admirable: pudiera reformar el mundo si tuviera la conciencia de su misión, si comprendiera que no se trata solamente de amar al hijo, sino que es preciso educarle y salvarle de los peligros que le rodean.

Es fácil y cómodo amar el cuerpo de un hijo, embellecerle y adularle; pero, ¡cuánto más hermoso y más grande es pensar en su alma!

El grande amor cuando una mujer es madre no es el sacrificio por su hijo, porque el sacrificio es dulce para la que lo cumple: es el sacrificar en caso de necesidad la vida misma del hijo, y estimar en más que esta vida tan cara, la verdad, el honor y la virtud; es querer más verle muerto que ver marchitas en su alma esas santas y delicadas flores.

Reconvenian no hace mucho á una madre delante de nosotras, porque en vez de reprimir la excesiva sensibilidad de su hijo la excitaba con lecturas tiernas y llevándolo á socorrer á los pobres y á los enfermos, y le acusaban de que lo hacía desgraciado.

—Amigo mío, respondió aquella madre: prefiero que mi hijo sea bueno á que sea feliz.

II.

Por los ejemplos que hemos presentado á nuestras amables lectoras, creemos haber demostrado suficientemente hasta qué punto es grande y hermoso en la humanidad la figura de la madre, hasta qué punto puede llegar su influencia en el destino de sus hijos, y cuán inmensa es la importancia que se le debe conceder.

«Si quereis mejorar la sociedad, educad á las mujeres,» decía madame Campan á Napoleón I; y al darle aquel consejo, debía indudablemente pensar en la madre, porque nadie como una madre puede hacer marchar á su familia por la senda del bien y de la virtud.

Para que una mujer sea una buena madre, debe ser ante todo buena cristiana, y además mujer instruida; porque su principal misión es inculcar á sus hijos los sentimientos religiosos, que les han de servir de puerto de paz en todas las borrascas de la vida.

«Nada hay que pueda reemplazar la educación de una madre,» dice Maistre «cuando la madre se impone el deber de imprimir el sello de la virtud sobre la frente de su hijo, es casi seguro que la mano del vicio no lo borran jamás.»

«El joven sigue su primera dirección, dice el libro de *Los Proverbios*, y no la deja ni aún en su ancianidad.»

Madame de Genlis nos ha pintado, en una de sus encantadoras novelitas, un ejemplo casi heroico del amor maternal.

Una jovencita, hija de una viuda hermosa y rica, estaba dotada de tan rebelde é indomable carácter, que parecía haber nacido solamente para ser el tormento de la que

le había dado el sér: no hubo pena que la pobre madre no sufriese de su hija, y Eglantina, que este era su nombre, en vez de agradecer á su madre el que se hubiera dedicado á ella por completo, renunciando al amor y al matrimonio, parecía complacerse en llenar su vida de disgustos y sinsabores.

Una terrible enfermedad acometió de repente á la jóven: el cielo le envió una viruela maligna, que le atacó á la vista de tal modo, que los médicos la declararon en inminente riesgo de perderla.

—Solo hay un medio, dijo el más anciano: pero lo veo imposible de lograr.

—¡Hable V., doctor, exclamó la afligida madre; diga ese medio, y le aseguro que lo encontraré.

—¡Imposible, señoral

¿Qué hay de imposible para una madre, cuando se trata de salvar á su hija? ¡Le digo á V. que lo hallaré!

—Pues bien, es preciso buscar una mujer bastante pobre para que por una cantidad que ella misma fije, extraiga con los lábios, y de la manera más lenta y más suave posible, el humor maligno que ha cargado á los ojos de la señorita su hija de V.

—¡Gran Dios! exclamó la madre: ¿y dónde hallar á esa mujer?

—Creo que en ninguna parte, señora, y tanto menos se hallará, cuanto que es un deber de conciencia el advertirle que pelagra su vida, si traga alguna partícula de ese humor.

Aquella misma tarde, al volver los doctores, se hallaron á la madre de Eglantina vestida con un humilde traje de algodón y con una gorra de muselina.

—Ya se ha encontrado la persona que necesitamos para salvar á mi hija, dijo.

—¿Ha sido posible?

—Sí, señores.

—¿Y á dónde está?

—Yo soy.

—¡Usted! exclamaron los dos médicos.

—Yo misma; sirvanse, pues, darme sus instrucciones para ir al instante á aliviar á mi hija.

—Olvida V. señora, que expone la vida, exclamaron los doctores.

—No lo olvidó, y por lo mismo que se expone la vida, es á mí, y sólo á mí, á quien corresponde tomar ese cargo. ¡Cómo! ¿Me han creído Vds. capaz, señores, de ir á buscar quien por dinero llenase un oficio repugnante, y que yo desempeñaré con verdadera felicidad? ¡Salvar á mi hija! ¿Qué más gloria podría yo esperar que me estuviera destinada, ni cómo cedería á nadie esa ventura? Si por un instante he podido pensar que otra lo haría, bien pronto me he dicho que sólo yo podía y debía llenar esta sagrada obligación!

Y la generosa madre condujo á los médicos á la alcoba de su hija.

Eglantina tenía los ojos cerrados y cargados de viruelas; su madre se inclinó sobre ella, y la informó dulcemente del único remedio que había para salvarla la vida.

—¡De esta suerte, murmuró la jóven con tristeza, estoy ciega para siempre! porque, ¿quién habrá que se quiera encargar de salvarme, practicando tan repugnante trabajo?

—Ya se ha encontrado quien lo hará, hija mia.

—¿Y quién es?

—Una pobre madre que quiere ganar la suma que yo le he prometido, y ahora mismo va á empezar la cura: te dejó sola con ella y vuelvo pronto.

La madre hizo como que se iba, y volvió, arrodillándose enseguida al lado de la cama de su hija, y dando principio á la operación.

—¿Quién podrá pintar la sorpresa de Eglantina, al ver que era su madre la que había salvado su vista, y acaso su vida?

Un cambio completo se verificó en su corazón, y dedicó toda su existencia á pagar á aquella madre generosa la deuda de gratitud, que con ella había contraído.

No hay sacrificio, ni moral ni material, que no pueda y sepa hacer una madre, y los rasgos más heroicos de que pueda envanecerse nuestro sexo, por las madres han sido llevados á cabo.

Venerad, pues, y amad con ternura á vuestra madre, mis queridas lectoras, y pensad que el amor maternal es el más santo y grande de los amores; el más generoso, el más fuerte, el que perdona siempre y siempre olvida, el que nos recibe al nacer, nos acompaña al morir y vela por nosotros, aun despues que nuestras madres van á residir al cielo.

MARIA DEL PILAR SINUÉS.

EN UN ALBUM.

A LA MEMORIA DE TRES HERMANITOS.

MARIPOSAS!

Buscando aromas y flores,
Luz y ventura gozosas,
Volaban tres mariposas
A los primeros albores;
Sus alas de mil colores,
No hallaron su dulce anhelo,
Y alzando el alegre vuelo
Desde la tierra á la altura,
Luz, aromas y ventura,
Fueron á encontrar al cielo.

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

LAS CASTAÑUELAS

I.

Acababa de dar la una, cuando dos hombres se dirigian con apresurado paso desde la calle de Embajadores á una de las principales de Madrid. Ambos iban envueltos en sus capas, á pesar de que la noche no era fria, pues terminaba el mes de Setiembre, y el que parecía jefe era un jóven alto, de varonil belleza, vestido decentemente. El otro era de mediana estatura, grueso, feo, colorado, con los ojos claros y saltones, y llevaba un humilde traje que se advertia no había sido hecho para él. Al llegar delante de la fachada que tenía sobre la puerta un número 4, los dos hombres se detuvieron, y en cuanto se convencieron de que estaban solos, el más alto lanzó un silbido casi imperceptible. Un momento despues se abria la puerta de entrada, apareciendo bajo su dintel un criado.

—¡Cuánto habeis tardado! exclamó.

—Gaspar y yo hemos tenido que hacer en otra parte, contestó el jóven que se nombraba Ramon.

—¿Y tus amos? preguntó Gaspar.

—El señor salió á las doce para ir á una reunión, murmuró el criado; la señora duerme desde entonces. Han tenido algunos amigos á comer, pero se marcharon á esa hora.

—¿Hay más familia?

—Dos niños que están en el cuarto contiguo al del aya, por el que no tendremos que pasar.

—¿Y criados?

—Muchos; pero habitan el último piso y no se despiertan fácilmente.

—¿Vale el caso la pena de que nos expongamos? preguntó Ramon.

—La señora cobró ayer algunos miles de duros, que vi guardar en su mesa de escribir en el instante de entrar yo á anunciarle una visita. Creo que era el pago que hacía un antiguo acreedor á su marido. Esto fué lo que te avisé, añadiendo que si queráis venir esta noche, os abriría la puerta.

—Eres una alhaja, Antonio, dijo Gaspar.

—No perdamos el tiempo en palabras inútiles, replicó Ramon, y guíanos al cuarto de tu señora.

—Está bien; seguidme.

Antonio echó á andar precediendo á Gaspar y á Ramon, haciendo todos el menor ruido posible.

La habitación de la dueña de aquella casa estaba sumptuosamente alhajada; muebles tallados, jarrones del Japon, mesas maqueadas, porcelanas de Sévres, álbums perfectamente encuadrados, un piano de cola, cuadros al óleo encerrados en lujosos marcos y soberbios espejos. La alcoba estaba iluminada por una lamparilla que daba una débil luz á la habitación; el gabinete, casi envuelto en las sombras, completamente solo. En la cama, cuyas cortinas estaban corridas, dormía con la mayor tranquilidad una mujer.

—Gaspar, dijo Ramon en voz baja á su compañero, cuida de que la señora no se despierte, mientras este muchacho guarda la puerta de la sala y yo busco el dinero.

—¿Y si se despierta?

—Tú encontrarás medio de que calle.

—¿Sea cual fuere?

—Estás autorizado á todo.

Gaspar entró en la alcoba, el criado se dirigió hácia la salida del gabinete, y Ramon, despues de haberse convencido de que el mueble donde estaba el dinero guardado no tenia puesta la llave, se decidió á descerrajarlo, lo que estuvo pronto hecho.

Era el mueble aquel una preciosa mesa-escritorio; Ramon abrió un cajon y lo halló vacío; en el segundo vió algunos papeles, que conoció eran los billetes de Banco; en otros tres, objetos sin importancia; en el último una caja de madera sin adorno ninguno pintada de azul. Aquella caja llamó la atención del jóven; la colocó sobre un velador, al que apenas llegaba el suave resplandor de la lamparilla, y despues de hacer un esfuerzo violento, logró que saltase la cerradura.

La caja contenia dos cartas de letra gruesa y desigual, un rizo de cabellos rubios, unido á un mechon de pelo negro, unos pendientes de coral y unas castañuelas. Ramon palideció al hallar aquellos objetos, acercó las castañuelas á sus ojos y vió que eran blancas de marfil, y que tenian escrito con letras encarnadas un nombre de mujer. Despues las llevó con respeto á sus lábios, encerró todo

lo que habia sacado en la caja, guardó los billetes en la mesa, que no pudo cerrar, dudó un instante entre penetrar en la alcoba ó seguir su camino, y, por último, hizo una seña á Gaspar para que saliera con él. Ramon iba tan turbado que tropezó con un mueble, haciendo algun ruido, lo que despertó á la mujer que dormia.

Los tres hombres, sospechándolo, se alejaron precipitadamente, dirigiéndose por donde habian entrado, á la calle.

—¿Traes el dinero? preguntó el criado.

—No, respondió el jóven.

—¿Cómo que no?

—No estaba ya.

—Es imposible; volvamos: tú no lo habrás visto, pero yo lo hallaré en seguida.

—Tú no irás tampoco, dijo Ramon.

—¿Por qué? preguntó Gaspar.

—Porque no quiero, y te lo prohibo.

—¿Estás loco?

—Entremos en esta taberna, y mientras cenamos y bebamos, os diré la causa que me ha obligado á cambiar de idea. Yo convido.

II.

Entretanto la mujer se habia levantado, y al oir ruido de pasos que se alejaban, se decidió á dejar el lecho, dirigiéndose temerosa al gabinete. Encendió una bujía y no tardó en ver descerrajado su escritorio.

—¡Me han robado! exclamó.

Era una bellissima jóven, con el cabello rubio, como el rizo que encerraba la caja, los ojos de un azul purísimo, la tez blanca y sonrosada. Con mano temblorosa registró todos los cajones y halló con la mayor sorpresa intactos los valores que habia guardado en ellos, y sólo abierta la caja de madera pintada.

—Aquí está, murmuró, mi pelo unido al suyo, sus cartas, los pendientes que él me regaló para la fiesta del pueblo, las castañuelas que me enseñó á tocar. ¡Ah, mis castañuelas! parece que están húmedas! sí, alguien ha llorado sobre ellas... ¡Cuánto tiempo hace que no os veo! ¿quién os habrá sacado hoy? ¿El? ¡imposible! debe haber muerto hace muchos años... Si no hiciéseis tanto ruido, os tocaria.

Y no pudiendo resistir á este deseo, la jóven agitó las castañuelas, cantando á media voz unas seguidillas que hacian asomar las lágrimas á sus ojos.

De pronto se abrió la puerta del gabinete, dando paso á un hombre algo entrado en años; la mujer guardó precipitadamente el cabello, los pendientes y las cartas, pero no las castañuelas, que no pudo soltar á tiempo.

—¿Estás loca, Juana? preguntó su marido que volvía aburrido de la reunión.

—No te aguardaba tan pronto, murmuró ella con timidez.

—Nadie me esperaba, ni mi criado tampoco; no se le encuentra en ningun rincon de la casa. Pero volvamos á tí. ¿No comprendes que es una inconveniencia ponerse á tocar las castañuelas, y sobre todo á semejante hora? ¡Siempre la cabra tira al montel Eso es lo que merecemos los que nos casamos con una rústica lugareña, sólo porque tiene bonita cara. Ea, vengán esas castañuelas.

—¡Por Dios, Enrique, no las tocaré más, pero no me las quites.

El marido las arrojó con desprecio sobre el velador y

entonces oyó de los labios de su mujer la singular relación de aquel conato de robo. Al momento acusó á su criado y se propuso despedirle en cuanto le viese, lo que hubiera hecho si él, que se figuró lo que iba á suceder, hubiera vuelto á la casa.

—Es extraño, murmuró Enrique, si venían á robar, ¿cómo teniendo ya abierto el escritorio no se han llevado lo que contenía?

—No me lo explico, respondió la joven, que á pesar suyo evocaba algunos recuerdos de su adolescencia.

Apenas se quedó sola, cogió de nuevo sus castañuelas, las guardó en la caja suspirando y se propuso no volver á sacar aquellos objetos que alteraban su dicha y la paz de su conciencia. Contaba para lograr el olvido, no con el amor de su esposo, pero sí con las caricias de sus hermosos hijos, que eran un fiel retrato de su madre.

III.

—Óyeme Gaspar, y tú también, Antonio, empezó Ramon cuando estuvo sentado delante de una mesa de la taberna cenando y bebiendo con sus compañeros; aquí donde me veis, yo no he sido siempre lo que soy ahora, esto es, un ladrón de oficio. Cuando solo tenía veinte años vivía en mi pueblo trabajando con honradez, querido de todos y adorado de una prima mía, que era la muchacha más linda del lugar. ¡Cómo me envidiaban mis paisanos! Me consideraba el hombre más feliz de la tierra y eso que temía á cada instante que los padres de la muchacha se opusieran á nuestro casamiento, porque estaban bien acomodados. El primer día que fuimos juntos á una fiesta le compré unos pendientes, que le entregué dentro de una carta. Ella tenía muy bonita voz, y bailaba perfectamente, pero no sabía tocar las castañuelas; fui su maestro y le regalé unas, en las que grabé su nombre idolatrado, dándoselas con un segundo billete. Luego, en pago, me dió ella un retrato que llevo siempre conmigo, y un rizo de sus cabellos de oro, que le devolví cuando acabaron nuestras relaciones amorosas.

Las fiestas de mi pueblo se celebran el día de la Virgen de Gracia, esto es, el 8 de Setiembre. No he visto á mi novia más bella que en tal fecha de hace siete años. Iba vestida de serrana con su falda corta de lana encarnada; llevaba un pañuelo de talle negro con flores de vivos matices, un collar de coral, los pendientes que yo le había dado y algunas rosas prendidas en el pelo. Era la reina de aquellos prados y yo la miraba con orgullo.

Van á las fiestas de mi pueblo muchos forasteros de la ciudad y de los lugares más cercanos. Entre ellos llegó aquel día un hombre de mediana edad, bien vestido, de buena figura, enteramente desconocido en el país. Desde luego llamó su atención mi amada; fué á hospedarse en casa de sus padres, y pronto supe con profundo terror que aquel caballero, que si no era muy noble, era muy rico, había pedido la mano de mi prima. Nuestra desesperación fué inmensa; sus padres la obligaron á casarse, y yo estuve á punto de morir de pena y de rabia. Ella partió del pueblo y vino á establecerse á la capital, donde el marido la hizo educar como una gran señora. La seguí; abandoné mi oficio, con el que ganaba un modesto jornal, y procuré verla, aunque sin lograrlo, porque ella era honrada y evitó las ocasiones de encontrarme en su camino, no habiéndose extinguido por completo en su alma el amor que la inspiré. Desde que me creí olvidado de ella

todo me salió mal; fui un aventurero, tomé los bienes del prójimo, y entonces te conocí, amigo Gaspar, uniéndonos para nuestras hazañas, que es inútil que en esta ocasión te recuerde.

—Pero todo eso, interrumpió Antonio, ¿qué tiene que ver con lo que ha pasado esta noche?

—Al hablarme tú del negocio que podíamos hacer robando á tus amos, prosiguió Ramon, solo me dijiste que tus señores eran inmensamente ricos, que tu ama se hallaba siempre triste y que tu amo tenía un carácter celoso, violento é irascible. Poco me importaba quitar á esos desconocidos su dinero, y te ofrecí mi ayuda. Al abrir la mesa-escritorio de tu señora tuve los billetes de Banco en mi mano, pero encontré una caja, vi su contenido, y juzga cuál sería mi asombro al conocer por aquellas prendas que la mujer que descansaba en la cama á pocos pasos de mí era Juanita, mi antigua novia. Esto la ha salvado del robo y quizá de la muerte, porque yo, Gaspar, te había autorizado á hacerla callar, si gritaba, por cualquier medio, por violento que te pareciese.

—¡Bah! exclamó Antonio con mal humor, ¿no habrá más castañuelas que las de tu novia para que creyeses que era mi ama?

—Su nombre, que yo había escrito, los pendientes, mis cartas, sus cabellos y los míos, todo me probaba que no podía engañarme.

—Has sido un estúpido, dijo Gaspar.

—Un imbécil, añadió Antonio, levantándose colérico.

—Calma, que es un amigo, replicó Gaspar, y otras veces ha prestado buenos servicios. Creo que debemos volver allá.

—No, dijo el criado; yo no entro más en la casa por si han sospechado de mí al encontrar rota la cerradura del mueble y dan parte á la policía. Además, el amo habrá regresado ya.

—¿Y á qué atribuirán su salvación? preguntó Gaspar. ¿No les parecerá incomprensible?

—A una casualidad únicamente, respondió Antonio.

—No, murmuró Ramon; si Juana ha adivinado mi presencia, sabrá que debe la tranquilidad y acaso la vida á sus castañuelas.

JULIA DE ASENCI.

EN LA CATEDRAL DE VALENCIA.

MATER PULCHRÆ DILECTIONIS.

Quiero de Sasso-Ferrato
admirar la inspiración;
Virgen santa, Virgen pura,
digna sola de mi amor.
Quiero del día sereno
el rayo primer del sol,
me envíes el sacro númen,
para poder cantar yo
la sublimidad que tiene
ese tinte de candor
que en tu rostro resplandece;
de beatitud, de unción,
que debe ser un reflejo
débil del que el Criador
como á madre suya dióte,
el cual allá en la mansión
del cielo debe brillar
como deslumbrante sol.

De tí, mi hermosa María,
cuánto diría yo hoy!
¡cuánto diría á la rosa
del rosal de Jericó,
á la estrella de los mares,
á la que esmalta el albor
con esa dulce mirada
que á su luz se apaga el sol!
Mas tú bien sabes, María,
que es pobre mi inspiración,
tú añadirás aquello
que podría decir yo.

—¡Adios, pues, madre del alma,
mi solo y único amor!

LUISA DURÁN DE LEÓN.

Agosto 1882.

LOS POLLOS.

Hace algun tiempo se publicó en *El Navarro* un precioso artículo de la distinguida escritora Maria del Pilar Sinués de Marco, nominado *Amores que matan*.

Lo lei con verdadera complacencia, asustándome del influjo de esas peligrosas mujeres tan perfectamente descritas: temblaba del riesgo que pudieran correr los hombres subyugados por tan irresistible atractivo; de pronto me tranquilicé de mis temores. ¡Dios mio! me dije: el infernal dominio de esas sirenas no puede escoger sus victimas aquí.... Los pollos no se enamoran ya.

¡Los pollos...! Y bien, ¿qué son pollos?

Pollos son los sultanes de corral, esos señores absolutos que pasean majestuosamente entre sus humildes adoradoras: pollo es el rey de las gallinas, el que pone la ley y á quien respetan y obedecen, pero que sin hacer uso de su derecho y de su fuerza, es galante, es cariñoso, se mantiene gravemente detrás de sus súbditas mientras que ellas comen, sin hacerlo él mientras todas concluyen, dando así una lección de que la galantería no está reñida con la dignidad y el derecho de dominio.

Pues bien; si la amabilidad y la galantería son las condiciones del pollo, ¿por qué llamar con este nombre á los jóvenes de nuestra sociedad? Veamos: ¿qué son pollos? Son unos seres pálidos, cansados (aunque solo tengan veinticinco años) cuyos pescuezos de donde pudieran sacarse magníficas cuerdas de guitarra, salen de sus cuellos almidonados, con unas piernas largas y flacas... ¿Habeis visto á esos pobres inválidos que á pesar de tener una pierna de palo no quieren dejar de tener el pantalón hasta abajo...? Pues recordad la pierna de palo de los inválidos y vereis lo que parecen las piernas de los pollos en esas anchas y flotantes campanas... Un sevillano amigo mio, me decia que era que iban montados al aire...

Antes de proseguir, haré una advertencia: aunque los pollos de todas partes tengan las mismas condiciones, yo no hablaré mas que de los que yo trato; los de Cádiz son magníficos... pero como allí se halla el *nom plus ultra* de la elegancia, la galantería y el buen tono, segun sus habitantes, no quiero atraerme el anatema de las susceptibles gaditanas; hablaré solo de los pollos de mi tierra.

Proverbial es la galantería antigua española, y sobre todo la andaluza: oíanse por do quiera frases llenas de chiste y oportunidad que hacian sonreír á las jóvenes á quienes se dirigian; no llegaba un sombrero á la primera mitad de su vida, pues siempre se acertaba su existencia

rodando en prueba de entusiasmo y admiración á los piés de las muchachas; las nocturnas serenatas de guitarras y bandurrias llenaban de dulce complacencia el corazón de más de una bella que escuchaba conmovida el tierno canto de su pretendiente... ¡Ay!... ¡Para las que hemos conocido aquel tiempo, este que atravesamos es infernal, es atroz!

Figurarse esos pollos flacos, escualidos, graves (porque la gravedad de nuestros jóvenes es marchar entre las mujeres sin mirar á derecha é izquierda) fijos, imperturbables... ¡Y les sienta tan mal ese aire de impertinente fatuidad, de seriedad ridícula!... ¡Están los pobrecillos tan flacos!

Ahora ved su vida que empieza, ved sus costumbres; los vereis de la mañana á la noche sentados en los casinos; si es en el verano, colocados en la acera de espaldas á la calle sin mirar á quien pasa, y si miran es para murmurar del desgraciado con quien se emplean: afectando ese aire insolente, con la mano sobre el labio, no digo sobre el bigote, porque apenas se les ve, si es que lo tienen; y esto me trae á la memoria una graciosísima comedia que vi á Ceferino Guerra, el cual decia á un pollo, cuyo papel era representar al joven de nuestros dias. ¿Pero qué, se afeita V.?

Despues los pollos se van á la taberna ó á la bodega á tomar las once: consúmense buenas copas de amontillado, con sabrosas lonjas de jamon; el alegre y espirituoso néctar jerezano disipa sin embargo su indispensable gravedad; se van al paseo á la noche, y se sientan juntos, muy juntitos, no á mirar y admirar las jóvenes que pasean solas, sino á ocuparse con infinita precisión de la que lleva el *puf* mal recogido, de la que no lleva la falda á la última moda, aquella cuyo sombrero es *casero*... ¡Dios mio!... ¡Dentro de un par de años deberemos encargar á los pollos la confección de nuestros vestidos!...

Y mientras tanto, las pollas cruzan una y otra vez sin merecer siquiera una mirada... Y no será porque ellas desmerezcan nada, no; preguntadle á cualquiera que las conozca si hay hermosísimas mujeres en Jerez!

Y cuando pienso que estos pollos tan inútiles, tan escualidos, tan insuficientes, son hijos de aquellos mismos que hicieron nacer en Andalucía el tradicional proverbio de que «para hombres buenos mozos, Jerez de la Frontera...» ¡Señor, cuanto cambiamos!

Ya conoceis á los pollos por un lado, vamos á conocerlos por otro: la galantería es su flaco.

Yo conozco á una joven que un dia que lloviznaba dió una tremenda caída en la calle, quedándose atontada del golpe que llevó en la cabeza: un pollo iba pasando y se paró; había necesitado que una pobre mujer casi se desnucara para fijar en ella la atención. ¿Creeis que la tendió una mano? ¡Quiá! La vió caer, y se marchó imperturbable sin volver la cabeza.

Y lo más gracioso es entrar en la Iglesia. Como las puertas son tan pesadas para que cierren de golpe, muchas veces se encuentran una mujer (aunque sea joven y bella) y un pollo, que entran ó salen. ¿Creereis que el pollo sujeta la puerta, cede el paso á la mujer, como hubiera sido de rigor en otro tiempo? ¡Pobre infeliz la que haciéndole aún un injusto favor, no ande lista en sujetar la puerta que corre impelida hácia ella! ¡Corre peligro de quedarse sin narices!

Un dia de invierno, dos jóvenes se metieron en un

zaguan á esperar que terminara de caer un terrible chaparrón; obligados por la misma causa, cuatro pollos entraron también en él.

Encontraron entonces ocasión de lucir todas sus dotes: con ese aire impertinente, fátuo, hablaron entre sí de caballos, de cacería, de jamon, de vino, todo de una manera muy displicente, pero en voz muy alta para que las jóvenes que les escuchaban con lástima no perdieran una sola palabra. El objeto de los pollos era que ellas supieran que tenían caballos y carruajes, que comían jamon y bebían vino, y despues concluyeron por citarse en la casa de uno de ellos: «¡Pero si no estoy en el cuarto de la pólvora, ¡gran Dios! ni en el escritorio grande, estaré en el escritorio chico!»

«Sí, exclamó entónces uno de ellos, excepción de la tontería general, y molesto al ver la necedad impertinente de sus amigos. ¡Sí... tu escritorio debe tener una vara en cuadro!...»

Este es el pollo actual, lectoras mías; hablo de los de mi tierra: no conozco á los de la vuestra; pero si se parecen á los de aquí, seguid mi consejo, acogeos á los viejos: aún conservan algo de lo que eran nuestros hombres antiguos. Es un sábio consejo que os dá

UNA VIEJA.

Á ISABELITA RATTAZZI.

Decimos en España, y lo pensamos

Que la nobleza obliga

Y es porque todo aquello que heredamos

Al pasado nos liga.

Gracia y talento de tu madre hermosa

Tú heredarás un día,

Como hereda el capullo de la rosa

Frescura y lozanía.

Guarda, pues, Isabel, ese legado

Cual la esencia el capullo...

Y despues que tu madre haya pasado

Ocupa el lugar suyo.

PATROCINIO DE BIEDMA.

EUFRASIA

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER

escrita en francés por Matilde Bourdon

Y TRADUCIDA

por MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

PARTE SEGUNDA.

(Continuación.)

Eufrosia no trabajaba ya en la fábrica; cosía en su casa, y segun lo habia deseado en otro tiempo, estaba tranquilamente sentada, al lado de la ventana, y no lejos de de la estufa, donde cocía la cena: la cuna, de la cual salía un débil vagido, excusaba y justificaba su presencia, y todo alrededor suyo parecia decir que poseía esa dicha relativa, que habia faltado tan completamente á sus primeros años.

No obstante, la joven parecia muy triste: su cabeza se

inclinaba bajo el peso de un pensamiento penoso: reunía maquinalmente las piezas de una camisa que iba á coser, y no salía de su meditación sino cuando la niña se agitaba en la cuna.

Tomóla al fin en los brazos y se puso á contemplarla con una atención melancólica: la niña, de edad de cinco meses, era débil y enfermiza: apenas parecia tener bastantes fuerzas para beber la vida en el seno de su madre: su piel blanca y azulada como el nácar, acusaba una debilidad extrema en los brazos, esta endeble criatura hubiera interesado vivamente; acostada en el regazo de la pobre obrera que trabajaba amamantándola, inspiraba una dolorosa compasión.

La niña cesó de mamar, y fijó en su madre dos dulces ojos, que la conocían ya. Eufrosia la miró triste y tiernamente, y la volvió á su cuna: no la era posible desatender su labor, y volvió á tomar la costura con una nueva energía, marcando por decirlo así el movimiento de su aguja, con el canto de una antigua canción sin palabras que su abuela le habia cantado con frecuencia en su infancia; la niña se durmió bajo la doble influencia de la leche y del canto, y Eufrosia continuó su trabajo hasta la noche.

Cuando el último rayo de luz se apagó en los cristales, encendió su lámpara, y volvió á tomar su labor. Pero entonces, la aguja no marchaba ya con su regularidad activa y monótona: con frecuencia se quedaba inmóvil, mientras que Eufrosia consultaba el marco de yeso que encerraba un reloj de plata: las ocho, las nueve, las diez, fueron señaladas, una despues de otra, por ese dedo de acero que nada detiene; la joven suspiró profundamente, cuando vió que eran la diez y media, y exclamó en voz alta:

—¿Por qué no vuelves? ¿dónde estás? ¿con quién?

La niña empezó á llorar.

—Duerme, le dijo: duerme: papá vá á venir: te mirará, y estás muy bonita durmiendo: duerme, amor mio, y no llores cuando él venga: eso le incomodaría... duerme!

La pobre joven, esperó aun veinte minutos bien largos para sus fatigados ojos y para su corazón desfallecido: de repente un paso, joven y vivo, le hizo alzar la cabeza, y trajo un débil color á sus mejillas pálidas.

—¡Es él! Fernandol exclamó.

—Y bien, dijo el recién llegado: aquí estoy: ¿por qué me has esperado? ¿no podías acostarte?

(Se continuará.)

CHARADA.

Tengo un *tres* *tercera* hermoso
Como un *prima dos* y *tres*,
Y su madre lo *una dos*
Siempre que sale con él.

La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior.

REGALO.

Nos han remitido la solución las señoritas D.^a Cármen Fernandez y D.^a Manuela Alvarez.

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ GIL Y NAVARRO, SANTA ENGRACIA, 7

1883

SECCION DE ANUNCIOS.

BAZAR DE LAS INFANTAS

Se acaban de recibir las novedades para la presente estacion en sombrillas, bastones, abanicos, bisuteria, corbatas, juguetes, bronces y toda clase de objetos para regalos.—Fuencarral, 18, é Infantass, 1.

MECÁNICO

UNICA CASA AUTORIZADA POR EL GOBIERNO

Especial para componer máquinas de coser.

12, CARMEN, 12

JUAN BONA

Altas novedades en bisuteria de oro, doublé y luto; gran surtido en artículos de piel.—ESPECIALIDAD EN JUGUETES

15, Mayor, 15.—Madrid.

A las solteras.—Receta eficaz para casarse: Imitar en todo á la protagonista Beatriz, de la preciosa é interesante novela Los celos de una Reina. Se vende en la Administracion, Atocha, 135, ent.º

OBRA NUEVA.—El crimen de Belchite, seguido de varios artículos, por Julia Codorniu.—Una peseta 25 céntos.—Los pedidos, previo pago, á la autora, Lobo, 12, escalera centro, 4.º, derecha.

D. R. GOÑI.—Especialista en las via urinarias y matriz.—Montera, 5, segundo.

PEDRO ESCUDERO, sastre.—Plaza del Angel, n.º 15, frente á la calle de Espoz y Mina, Madrid.—Especialidad en trajes para niños.

GRANDES ALMACENES

DEL

LOUVRE

R. Yturbide y C.ª

2.—FUENCARRAL—2

EQUIPOS PARA NOVIAS desde 2.000 rs.

CANASTILLAS PARA RECEN-NACIDOS desde 500 rs.

AJUARES DE CASA.

DOTES

para colegiales de ambos sexos.

ROPA BLANCA

confeccionada en los grandes obradores de la casa.

LIENZOS

DE TODAS CLASES Y ANCHOS

MANTELERIAS

de granito y adamascadas CORTINAJES

ARTÍCULOS DE PUNTO

EXTRANJEROS

Prontitud y esmero

para encargos de confección, letras y bordados, encajes, tiras y entredoses.

EL LOUVRE

2.—Fuencarral—2.

ESPECÍFICO VERDAD

Hierro Baviera.—Tónico reconstituyente preparado por el farmacéutico de Soria-Avilés.

No más Anemia, no más Clorosis, no más pobreza de la sangre ni irregularidades del menstuo: una sola caja es suficiente para la completa curacion de cualquiera de estos padecimientos por crónicos y rebeldes que sean á todo tratamiento, no vacileis en recurrir tambien vosotros los que padeceis raquitismo, escrófulas y todas aquellas enfermedades que dependen de estar viciada la sangre porque el efecto de su asimilacion es tan rápido y eficaz que á los pocos dias os encontrareis completamente regenerado, lo prueba los muchísimos enfermos que han recobrado la salud á expediente de perpetuidad formado en el Juzgado de primera instancia de Soria, en el que depoen muchos testigos y la certificación de los profesores de Medicina, Sres. Maestre y Pastor, que dicen «que en cuantos casos lo han usado en su práctica han obtenido los más felices resultados, que están plenamente convencidos, es una arma poderosa y eficaz para combatir dichos padecimientos llegando hasta modificar estados patológicos, rebeldes y tenaces á modificaciones anteriores y que quedan los enfermos tan satisfechos de sus inmediatos y buenos efectos como el médico al experimentar resultados siempre constantes y benéficos;» por lo tanto, como veis, si quereis ponerlos completamente bien, acudid á este Hierro sin rival, cuya caja vale 10 pesetas.

Depósitos en las principales Farmacias de provincias, en Madrid Farmacia del Sr. Merendon, calle de Campomanes.—Lavapiés, 13, pral., donde reside el hijo del autor, y Carretas, 43, Sr. Giori.

A LA MARTA DEL CANADÁ

Peleteria, fábrica de plumeros y artículos para limpiar; esponjas, gamuzas y agua podrida para limpiar metales.

Unico depósito en Madrid de los inmejorables plumeros norteamericanos, recomendables por su mucha duración y economía.

36 y 38—Mayor—36 y 38

Se encarga de la conservación de las pieles durante el verano,

LAS INVENCIBLES

SALES MARINAS del Cantábrico de Yarto Monzon, únicas naturales para baños de mar en casa.—Paquete de 1 kilo 10 rs., con algas gratis.—Doce años de existencia y la recomendación de los médicos de toda España, son su mejor garantía. Utilísimas en todos los casos en que están indicados los baños de mar.—Pidanse de Yarto Monzon: en Madrid, plaza de Herradores, 4, 5 y 6, botica.—Farmacia de Izquierdo, Pontejos, 6.—Perez Negro, Ruda, 14. Y en todas las poblaciones de España donde tenemos corresponsales.

NIÑOS ENFERMOS.—Curación de las lombrices con la Yartina ó Mata-lombrices; sabor agradable, espulsando los vermes á millares.—Cajas de 4 y 8 rs., segun edad.

Dentorina Yarto.—Específico infalible que devuelve la baba á los niños, quita el ardor de las encías, les arregla el estómago, cura la alferecía y todos los síntomas nerviosos en dias y á veces en horas.—Caja 3 pesetas, por correo 12 rs.—Pidase á Yarto Monzon, plaza de Herradores, 4, 5 y 6, frente á la calle Mayor.—Madrid.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA

DE PEDRO FERNANDEZ PUIG

Proveedor de la Real casa

Este establecimiento es el primero en su clase en presentar los más nuevos modelos de peinados y postizos de más aceptación en París. En la actualidad podemos ofrecer á las señoras varias formas de los elegantes y cómodos POUF, PAPILLON.—Artículos de Perfumeria de los fabricantes más acreditados ingleses, alemanes y franceses.—Tinturas inofensivas para teñir los cabellos, garantizados.—Blancos para la cara.—Objetos de marfil y concha.

9—CORREDERA BAJA—9

FLORES Y PERLAS

PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL

DEDICADO AL BELLO SEXO

DIRECTORA—Maria del Pilar Sinués de Marco

Este Semanario, único de su género en España, ha logrado en los pocos meses de su publicación, un desenvolvimiento tan envidiable, que la Empresa, dispuesta á no omitir sacrificio alguno para hacerla digna de competir con los mejores que ven la luz en otros países, no ha vacilado en aumentar su tamaño.

Constará, por consiguiente, de 8 páginas en vez de 4, y seguirá publicándose todos los jueves, con la colaboración exclusiva de las más distinguidas escritoras.

PRECIOS DE SUSCRICION

En toda España..... 2 pesetas trimestre.

Ultramar y extranjero..... 5 » »

La suscripción empieza en 1.º de cada mes.—Número corriente, 25 céntimos.—Atrasado, una peseta.—Pago siempre adelantado.

Para suscripciones, pedidos y reclamaciones, dirigirse al Administrador D. Ambrosio Barba-roja, calle de Ponzano, núm. 4, principal derecha.—MADRID.

MONLEON, proveedor de la real casa. ¿Quereis tomar thé, chocolate y café puro?—36, Jacometrezo, 36.—Sucursal: 82, Hortaleza, 82.

SEBASTIAN Y MEDEL.—Casa dedicada especialmente á la venta de JUGUETES. Es recomendable por sus inmensos surtidos, buen gusto y economía en los precios.

Tiene además gran variedad de artículos en BISUTERÍA Y QUINCALL, y vende á precio fijo.—Arenal, 24.

SINGER

MÁQUINAS PARA COSER

PARA FAMILIAS É INDUSTRIALES

TODOS LOS MODELOS

10 REALES SEMANALES sin más anticipo.

10 por 100 de descuento al contado.

HILOS DE ALGODON,

TORZALES DE SEDA

AGUJAS

ACEITE

PIEZAS SUELTAS

y accesorios para toda clase de costura.

CASAS PARA LA VENTA.

CARRETAS, 35.
FUENCARRAL, 50.
TOLEDO, 68.
SERRANO, 33.

Y en todas las capitales de provincia.

Para evitar falsificaciones, exijanse en las facturas las palabras

MAQUINA LEGITIMA de LA COMPAÑIA FABRIL SINGER

Pídanse Catálogos ilustrados, con listas de precios.